A LA VUELTA DE LA ESQUINA

MONIQUE LANGE

La súbita e inesperada muerte en París de Monique Lange no es sólo la desaparición de la esposa de Juan Goytisolo, la de una mujer de humanidad excepcional y la de una persona que en su época de vinculación a la editorial Gallimard había hecho mucho por la divulgación exterior de las literaturas hispánicas; es, también, la muerte de una destacadísima escritora, brillante guionista de cine —con Roberto Rosellini y Joseph Losey, entre otros—, biógrafa de Edith Piaf y Jean Cocteau, de lúcida y próxima afectividad, y, sobre todo, autora de varias obras narrativas —particularmente *Rue d'Aboukir*, *Las casetas de baño* y *Les cahiers déchirés*— que, frecuentemente situadas en el difícil terreno fronterizo entre la autobiografía y la ficción autónoma, mostraban una inteligencia agudísima, un rigor expresivo singular y una sensibilidad tan afinada y atenta al matiz como profunda y vigilante. Un perfil humano de Monique Lange aparece imborrablemente dibujado en el libro autobiográfico de Juan Goytisolo *En los reinos de Taifa*; pero sus propios libros y, por qué no decirlo abiertamente, su generoso ejemplo humano y conmovedora escritura nos acompañarán siempre. ✍

PERE GIMFERRER

MÁS LUZ MENTIDA

En el anterior número de *Vuelta* me referí a dos poemas, "Estancias nocturnas" de Villaurrutia y el último canto de *Muerte sin fin* de Gorostiza en los que se alude al tema de las estrellas cuya luz sigue siendo visible aun habiendo muerto ellas en el espacio. Leí hace poco que Leopoldo Lugones redactó el primer libro que difundió en nuestra lengua la teoría de la relatividad en un libro titulado *El tamaño del espacio* (creo que de 1922), que no conozco. ¿Sería de la lectura de ese que nuestros poetas privilegiaron el tópico? La luz de estrella muerta, tema desde luego muy anterior a Einstein, tendría que haber aparecido en ese libro del gran observador de lunas (y otros cuerpos, celestiales y no). Han aparecido, arrastrados por la casualidad, otros poemas mexicanos que tocan el tema. Un amigo me señala "Sombra", el poema de Owen que abre *Línea* (1930), en el que propone que, así como hay luz sin estrella, hay "sombras sin cuerpo", como el suyo:

> Mi estrella —óyela correr— se apagó
> hace años.
> Nadie sabría ya de dónde llega su luz,
> entre los dedos de la distancia.

Jorge Cuesta no podía quedar fuera del grupo de "estrelleros", como se llamaba a los astrónomos en la *Danza de la muerte* medieval. Su poesía de "signos fenecidos" está siempre llena de vacíos, borraduras que permanecen, espacios que hay entre "tú y la imagen de ti que a mí llega", huellas con mayor sentido que el placer que las dejó. Manojos de imágenes, digamos, "relativas", pero también de procedimientos. De hecho, podría decirse que en los poemas de amor de Cuesta (si son de amor) el objeto del deseo es muy similar al tópico de que hablamos: "Tu voz es un eco, no te pertenece/ no se extingue con el soplo que la exhala", etc. Casi se podría decir que en toda su poesía el deseo de conocer opera sobre una esencial crítica de lo cognoscible, hecho de ausencias cuyas huellas, ecos, luces y sabores son restos vicarios, presencias que el deseo reconstruye a base de perseverancia, como en "Canto a un dios mineral":

> Signos extraños hurta la memoria,
> para una muda y condenada historia,
> y acaricia las huellas
> como si oculta obsecación lograra,
> a fuerza de tallar la sombra avara
> recuperar estrellas.

Pero hay un soneto, "La sombra sólo y la oquedad habita", en el que el tema de la "luz mentida", más allá de formar parte de esa retórica, parece ser el sujeto nunca nombrado del poema:

> La sombra el frío y la oquedad habita,
> como su ausencia vanamente inunda
> cuando es ficticio su fulgor, y abunda*
> la vida que a su sed la precipita.
>
> Respira un aire cruel que le limita
> el vago ensueño de indagar, fecunda
> en su materia ingrávida y profunda
> la sombra interna que vivir medita.

Y aislada en el vacío que la envuelve,
no revela a sí misma el alma rara
que enciende su presencia y la separa

del sueño a que el olvido la devuelve;
sino que alumbra el tiempo que destella
al destierro insensible en torno de ella.

Que Cuesta estaba enterado de asuntos físicos es también palpable en varios aspectos de su obra en prosa. En un ensayo, "Política de altura", de 1932, en medio de la polémica que sostiene con los nacionalistas, reflexiona sobre el hecho de que al arte se le reproche una "falta de humanidad" y un "distanciamiento de la vida" que no se le reprocha a la ciencia, la historia o la política. Cuesta repara entonces en que se podría reprochar a la geometría no euclidiana que enuncie un mundo irreal, alejado de los sentidos, que "ya se encuentra en un mundo distante de la vida, en un mundo deshumanizado." Acto seguido, busca un ejemplo del mundo concreto, y se acerca a la física einsteiniana:

¿no es un mundo deshumanizado también el de la mecánica relativista, para cuyo rigor el único valor estable es una relación, una razón, y relativos los de masa, espacio y tiempo, ante las firmes bases de toda educación mecánica? ¿Quién puede considerar como humanos un espacio elástico, un tiempo inconstante, un universo sin forma fija?

La pregunta de Cuesta nos recuerda el abatimiento que produjo en su momento la *Teoría general de la relatividad* en las mentes pesimistas (¿no era una de ellas la de Nafta, en *La montaña mágica* de Thomas Mann?), privadas de pronto hasta de la certidumbre del tiempo y del espacio.

Finalmente, me topo con un epigrama de Alfonso Reyes, "Medio siglo de Álvaro Moreyra", de la sección *México, Río y México* (1938–1947), recogida en *Constancia poética*, en el que juega con la relatividad del punto de vista del observador que Einstein solía utilizar en los célebres ejemplos con los que aspiraba explicar la *Teoría* a los legos:

Quédate, Álvaro, en tus trece;
es decir, en tus cincuenta,
que quien esta cuenta aumenta,
en vez de aumentar, decrece.
Y es que, quien mide una cuenta
(si es que Einstein no exagera),
según tarda o acelera,
en más o menos la estima.
Y el saldo es —según la rima—
el fruto de tu morera.

Guardo la esperanza —relativa— de que un lector más informado y ducho en ciencias, aporte algún otro hallazgo que ilumine, con luz verdadera, estas tinieblas.

* En este verso y en el sexto, modifico la puntuación dada por los editores de la poesía de Cuesta, Luis Mario Schneider y Miguel Capistrán, que en ambos casos colocan la coma al final del verso. Creo que el poema adquiere mayor sentido así y, como el poema es traslado de manuscrito, no hay certidumbre sobre la puntuación original.

GUILLERMO SHERIDAN